

Guillermo Marín Hargreaves

Una
vida
entre
incisiones

Platero
COOLBOOKS 

Título: Una vida entre incisiones. Cosas bonitas que aprendí como cirujano

Primera edición: junio, 2026

© 2026, del texto Guillermo Marín Hargreaves.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2001-2026

ISBN: 979-13-88290-07-7

*A quienes me han traído hasta aquí:
mis padres, mis hijos y mis maestros, origen, camino y aprendizaje*

Índice

Prólogo.....	9
1 El momento es ahora	17
2 All in good time.....	23
3 Da lo mejor de ti cada mañana.....	31
4 Il faut croire à ce que l'on voit	41
5 Buenas manos	47
6 El lavado de manos	63
7 Emmenez-moi: un secteur infecté.	71
8 ¡Mala suerte, buena suerte!	79
9 Success consists of getting up	89
10 Lo intentaré	95
11 Un abrazo y el valor de agradecer	101
12 Live with your disease rather than die with doctors.....	111
13 Melancolía, bilis negra y Saturno	123
14 La piedra en el camino es el camino This too shall pass	135
15 Lost in surgery	143
16 On ne change pas une équipe qui gagne	163
17 Un paciente, ¡la actitud hace la diferencia!	167
18 Love is in the air: de Cubis a Cadaqués	183
19 Don't let dreams be your master	191
20 The crab and prometheus.....	199
21 Soit fiable	205
22 La operación perfecta: entre la razón y el milagro.....	213
Epílogo	223

Prólogo

*I imagine that an able surgeon, in spite of the painful
circumstances in which his work is done, derives satisfaction
from the exquisite precision of his operations.*

The Conquest of Happiness (1930)

—Bertrand Russell

*Me imagino que un buen cirujano, a pesar de las dolorosas
circunstancias en que realiza su trabajo, obtiene satisfacción de
la exquisita precisión de sus operaciones.*

La conquista de la felicidad (1930)

—Bertrand Russell

No sé si fue una revelación, una ilusión o la confirmación de un sueño. Un chisporroteo. El fuego crepita.

Una tenue luz es todo en cuanto se apoyan, Aida en su lectura y Alberto en sus meditaciones. La tarde cae, abrazándolos. Me inclino con suavidad y añado dos troncos al fuego, para reavivar la llama que anida voraz, en la chimenea del salón. La calidez del momento hace que el tiempo vaya despacio, muy despacio. Mientras observo el juego de luces y sombras, pienso en las palabras de Bertrand Russell. Su reflexión me resonó a lo largo de mi carrera, donde el sufrimiento del paciente coexiste con la satisfacción de una intervención precisa. En muchas ocasiones, esta dualidad entre el dolor y la técnica es lo que da sentido a mi labor, convirtiendo cada operación en una oportunidad para ofrecer alivio, a pesar del entorno adverso.

Durante ese sencillo gesto, el fuego hace que de mi cara se desprenda un resplandor rubí, sonrosada por el intenso calor que se desprende y por un juego de claroscuro, se ofrece desdibujada en un mar de sombras burlescas. ¡Es un momento de intimidad, es un momento de reflexión, es un momento de paz!

Y sin embargo, en un arrebato de curiosidad, Aida cierra el libro y pregunta mientras Alberto escucha atento:

—¿Papi, y tú porque te hiciste médico?

En ese momento, me di cuenta de que no basta con responder preguntas sobre técnicas quirúrgicas o procedimientos; lo esencial es compartir lo que en realidad significa ser médico, algo que va más allá de la destreza en el quirófano y toca la fibra de lo emocional.

—Mira Chesi —contesto a Aida—, me cuesta mucho responderte a por qué me hice médico. Podría contestarte lo que le dice Carl Casper a su hijo en la película *Chef* de Jon Favreau: «Lo que hago afecta a las vidas de la gente y me encanta y quiero compartirlo contigo». Y, aunque me resultaría más sencillo responderte a cómo me hice el cirujano que soy, intentaré explicarte lo que me ha enseñado la medicina en el camino para serlo. ¿De verdad, quieres oírlo?

—Pues claro papi...

En cierta ocasión tuve una conversación en los pasillos de un prestigioso hospital en Nueva York con un insigne cirujano oncológico (que mantengo en el anonimato por la privacidad del momento).

Antes de entrar a la habitación, me explicó que se trataba de un paciente, el mismo médico, con un tipo de cáncer apendicular avanzado. Este cáncer se había diseminado por toda la cavidad abdominal, requiriendo una intervención compleja conocida como *debulking*, una cirugía que busca reducir la cantidad de tumor, aunque no elimina toda la enfermedad.

En este caso, se había resecado el colon derecho, pero la sutura que debía restablecer el tránsito intestinal había fallado. Como consecuencia, el paciente presentaba una infección localizada en el abdomen, mal drenada, fiebre persistente y un agotamiento extremo que lo había llevado a rechazar cualquier tratamiento adicional.

Mi anfitrión, me preguntó:

—¿Qué haces? Quiere que lo deje morir.

—Si está febril, antibióticos o drenarlo —respondí yo académicamente.

—Se niega —me respondió.

—Bueno, ya sé que en Estados Unidos hay muchos problemas legales— argumenté yo.

—No tengo problema, yo tiro adelante con lo que sea— se defendió él.

—O lo drenas o le das el alta.

—¿A la calle? —preguntó, sorprendido—. Tomar decisiones duras es parte del liderazgo, seas junior o senior.

—Si eso es lo que quiere el paciente, morfina y ningún tratamiento.

—Para eso has venido tú desde Barcelona, para aprender a ser un cirujano oncológico. ¡Un cirujano líder!

Ahí entendí que ser cirujano no es solo ejecutar con precisión; es también navegar la complejidad emocional del paciente y de su familia, interpretando sus silencios y respetando sus decisiones, incluso cuando se niegan a continuar con el tratamiento.

Tres días después, de nuevo en el pase de visita vespertino, retomamos nuestra conversación. Él me preguntó:

—¿Qué has aprendido hoy?

—He estado pensando en todo lo que me dijo anteayer y coincido plenamente con usted. De hecho, creo que un cirujano es un líder. ¡Algunos más que otros, por cierto!

—Por supuesto —me respondió—. Tienes que poder discutir, por ejemplo, un esquema y secuencia de tratamiento, cuantos ciclos o meses, con oncólogos, no solo ejecutar sus indicaciones.

—Y volviendo a su pregunta, creo que la cirugía es un arte, no solo eso, sino un arte científico, pero también un trabajo artesano. Uno aprende cada día algo de lo que ve o de lo que hace, tanto si se da cuenta como si no. Ya sea la manera de dar un punto o la de colocar un dedo sobre un vaso sangrante.

—Muchos dedos —espetó y entró en la siguiente habitación.

—Papá, ¿un líder nace o se hace? —preguntó Alberto.

—Se hace, Alberto. Con esfuerzo, aprendizaje y oportunidades. El verdadero carisma viene de la preparación. Con la suma de muchos momentos.

—¿Cómo integras la suma de todos esos momentos?

—Observando y aprendiendo de los mejores. Mi padre, vuestro abuelo, siempre decía: «No dejes de observar y tomar notas». «Así lo haré, papa», contesté yo, más por disciplina filial que por convicción. Curiosamente, bastantes años después me sorprende de la cantidad de información que llegué a absorber y de los datos transcritos en pequeñas libretas que guardo como auténticas reliquias. Tiempo vivido muy intensamente, sin el cual es imposible entender que yo haya llegado a hacer las cosas que hago.

—Y es curioso, pero me produjo gran satisfacción recibir, no hace mucho, un WhatsApp por la tarde noche con una foto de apuntes, a instancia mía, de mi primera residente Gema en su visita a San Mark's. ¡Un orgullo que escuchase mis consejos!

—Más tarde en mis años en París, en el Centro Hepato-Biliar, el profesor Bismuth me transmitía la misma filosofía. Aunque yo había estado unos meses en el Centro Hepato-Biliar del Hospital Paul Brousse de Villejuif, lo había hecho como observador clínico, es decir, para aprender sin tener responsabilidades directas sobre los pacientes. Esta primera experiencia me permitió conocer el entorno y aprender desde una posición más pasiva. Sin embargo, al regresar al CHB al final de mi residencia en Cirugía General y del Aparato digestivo en el Hospital de San Pablo de Barcelona, mi rol cambió drásticamente: ahora ya no era un simple observador, sino un cirujano en formación activo, con responsabilidades directas en el quirófano y en el manejo de pacientes complejos. Dejar atrás la seguridad de mi país, el calor de mi familia y amigos, me hizo enfrentar el desafío de empezar desde cero, con el temor natural a lo desconocido, pero también con la convicción de aprovechar al máximo esta oportunidad.

El CHB era un edificio que visto de noche podía parecer tenebroso, por su oscura silueta recortada en la noche Parísina. Sin embargo, hoy como entonces, cuatro años después de su inauguración, es un edificio espectacular; de color grafito, con líneas muy modernas, hecho de nuevos materiales —vidrio, hormigón, acero y aluminio—, surcando el cielo azul como una embarcación en medio de un recinto histórico de piedra y ladrillo: el Hospital Paul Brousse.

Llegar al Centro Hepato-Biliar era un viaje diario lleno de incertidumbre y esfuerzo, pero cada paso valió la pena al aprender en este centro de excelencia. Bajo la tutela del profesor Bismuth y un equipo extraordinario.

La primera entrevista que tuve con él, me recibió después de atravesar su equipo de secretarías, que organizaban las actividades y controlaban el acceso al despacho del profesor Bismuth con una presencia imponente, casi intimidante, que me recordaba a la Sra. Baylock en *The Omen*. Cuando por fin accedes al despacho, su silueta queda al fondo del despacho a contraluz, sentado atendiendo dos llamadas telefónicas a la vez, te invita a sentarte. En cuanto suelta los teléfonos, sujeta su vaso de café, abrazándolo con dos manos y mientras rebusca entre el correo, mucho correo postal todavía entonces, los papeles de artículos en revisión y diapositivas de conferencias a atender en medio mundo. Por fin, encuentra mi expediente y me da oficialmente la bienvenida, no sin antes preguntarme por mi experiencia. «¡Y qué dificultad me plantea, maquillarla ante la abrumadora circunstancia de todo cuanto me rodea!», pensé.

—*Oui, Marín! Alors, il va bien le professeur Puig Lacalle?* (¡Dime, Marín! Entonces, ¿está bien el profesor Puig Lacalle?).

Mi mentor, el profesor Puig Lacalle, íntimo amigo del profesor Bismuth, había sido quien me abrió las puertas de este prestigioso centro. Gracias a su confianza, tuve la oportunidad de aprender directamente de uno de los mejores cirujanos del mundo.

—Sí, muy bien. Está muy contento de que yo haya podido venir aquí finalmente con usted.

—Yo también lo estoy.

—Tengo muy buenas referencias tuyas. Espero mucho de ti, de la misma manera, que espero que tu estancia aquí te sea muy beneficiosa. ¿Te gusta ir al quirófano?

—Por supuesto.

—Y, ¿atender a los pacientes? y, ¿publicar y transplantar? y, ¿la investigación?

—Claro, para eso estoy aquí.

—¿Tienes experiencia en resecciones hepáticas?

—Sí.

Honestamente, había hecho mis primeros pinitos durante la

residencia, sobre todo en urgencias con algún apuñalado y con algún que otro tumor sangrante. El profesor Puig Lacalle siempre decía que se aprendía a operar en cirugía programada, no en las urgencias. Pero en este caso, mi bagaje era inverso.

—¿Pancreatectomía?

—También. —Eso fue una mentira piadosa, porque no era un tipo de cirugía que yo hubiera practicado durante la residencia, pero abrumado por la situación, la excelencia del entorno y tal vez avergonzado, fui económico con la verdad.

—¿Tienes experiencia en cirugía del esófago?

—No, en esa cirugía no tengo experiencia, contesté con sinceridad.

— *Eh bien...il y a du boulot!* (Bueno, ¡hay mucho trabajo por hacer!). Muy bien Marín, estoy muy contento de que estés aquí y de que con el tiempo te conviertas en mi metástasis en Barcelona. —Que es de donde yo procedía en último término.

«Convertirme en la metástasis del profesor Bismuth... ¡Qué responsabilidad!», pensé. El profesor Bismuth es una de las personas más inteligentes con las que he tenido ocasión de coincidir. Con una mente preclara y una memoria prodigiosa que lo situó siempre en una posición de vanguardia. Él y su equipo moldearon buena parte de lo que he llegado a ser como cirujano hepático, pero de lo mucho que allí aprendí quiero recordar algo sencillo y profundo que Henri Bismuth solía repetir: «*Il faut poser une question au radiologue, non pas demander un examen*» (Hay que hacerle una pregunta al radiólogo, no pedirle una prueba).

Aquí es donde el deseo de saber adquiere un sentido detectivesco y, para mí, revolucionario. El cirujano no se limita a pedir imágenes; sabe lo que busca y es él quien dirige la investigación, haciendo preguntas precisas que guían el proceso diagnóstico. No se trata solo de acumular conocimientos o dominar técnicas quirúrgicas; es el arte de aprender a ver más allá de las imágenes, de entender al ser humano detrás del diagnóstico. En esos momentos, comprendí que ser cirujano es tanto un acto de ciencia como de empatía, donde cada decisión técnica está acompañada de una profunda reflexión emocional.

Escrutar las pruebas y a quién las hace, en busca de respuestas. Esa capacidad de cuestionar y mantenerse siempre en busca de respuestas

resonaba con la famosa frase de la recordada conferencia de Steve Jobs en Stanford en 2005: «*Stay hungry, stay foolish*» (Mantente hambriento, mantente alocado). Una invitación constante a aprender, experimentar y no conformarse.

Esa idea de liderazgo es un paso más en el camino hacia la respetabilidad del cirujano que vivió en Inglaterra en la época de *Sentido y sensibilidad* de Jane Austen.

Desde unos años en los que, segregados de sus compañeros médicos, por ser estos caballeros —*gentlemen*— con educación universitaria, los únicos a los que uno se podía dirigir como «doctor». El desarrollo de los Hospitales Voluntarios (*Voluntary Hospitals*) en el siglo XVIII, empezó a elevar el *status* del cirujano. En 1.800, se fundó el *Royal College of Surgeons of London* y los cirujanos empezaban a tener la titulación formal de *Member of the Royal College of Surgeons* (MRCS). En la primera mitad del siglo XIX, con los mayores ingresos médicos y viéndose en la cúspide, eran los cirujanos los que estaban ufanos de distinguirse de sus compañeros médicos y el título de *mister* (“Mr”) en lugar de doctor con el que eran tratados, pasó de despectivo a una insignia honorífica. Antes los cirujanos no tenían derecho a llamarse doctor, ahora simplemente no querían y así sigue siendo en el siglo XXI. Este sentido orgulloso del *mister*, un título que en sus orígenes era despectivo para los cirujanos frente a los médicos académicos, se transformó en un símbolo de prestigio profesional y liderazgo en el Reino Unido, como explica Irvine Loudon en su artículo para el *BMJ*. Bien podría ser el germen de este cirujano líder, que lo quiere controlar todo en beneficio del paciente.

—Papá estas lecciones de liderazgo están muy bien, pero primero tuviste que llegar a ser médico y luego hacerte cirujano ¿cómo llegaste a la Medicina? —reclama insistente Aida.

Tras una pausa, me recompongo y prosigo.

—Tiene mucho que ver con lo que yo viví en mi casa. La Medicina es vocacional... ¡y en mi caso casi hereditaria! Mis padres, tus abuelos, fueron médicos los dos. Los padres de mi madre también lo fueron y los abuelos de mi madre también, así que era difícil evitar ese camino. Mi hermano, tu tío Miguel lo consiguió. Él se dedicó a otra cosa... pero yo tenía un poco ese predestino hacia la Medicina.

Todos estos momentos, desde mis primeros días como observador clínico hasta mi formación como cirujano en París, han sido fundamentales para forjar mi visión de la cirugía. He aprendido que no se trata solo de técnica y precisión, sino de empatía, de liderazgo y de la capacidad de guiar al paciente en los momentos más difíciles. Hoy, cada intervención es una oportunidad de honrar ese legado familiar y devolver todo lo que aprendí de mis mentores, integrando ciencia y humanidad en cada decisión.

I

El momento es ahora

—Y cuando piensas realizar tu sueño? —le preguntó el

Maestro a su discípulo.

—Cuando tenga la oportunidad de hacerlo —respondió este.

El Maestro le contestó:

—La oportunidad nunca llega. La oportunidad ya está aquí.

—Anthony de Mello

Mi abuelo estudió medicina en Cambridge. Al terminar su formación, estalló la Segunda Guerra Mundial y se alistó en la RAF con el rango de *squadron leader* (comandante de aviación). Trabajó en aeródromos secretos, en los que se desarrollaban los radares que se emplearían en la batalla de Inglaterra. Como médico de la base, cuidaba de los pilotos y del personal implicado en estas operaciones críticas. Más tarde, como dermatólogo, se unió al *Colonial Medical Service in British East Africa* en Kenia.

Con una trayectoria como la suya, parecía natural que yo, de joven, tuviera una conversación con él sobre mi futuro. Sin embargo, cuando le conté mis aspiraciones, su respuesta me tomó por sorpresa: «Creo que deberías prepararte para ser contable».

¡Contable! Me quedé estupefacto. Después de generaciones de médicos, jamás se me había pasado por la cabeza que pudiera sugerirme algo tan diferente. Mi madre estudió medicina en Londres, antes de venir a

España de la mano —nunca mejor dicho— de mi padre, cirujano, para hacer la especialidad de anestesia. Ella, más pragmática, siempre me decía:

—Willy, si estudias medicina aquí, en España, tendrás que emigrar. Tal como están las cosas, terminarás en África o en algún otro país, como los irlandeses en 1.840 o los gallegos en 1.860.

—Pero, mamá, eso no me va a detener. No puedo imaginarme haciendo otra cosa.

—Papá, está claro que la yaya Ruth nunca hacía prisioneros —interviene Alberto con una sonrisa.

—Es bien cierto que, a mediados de los años 80, había una enorme plétora de estudiantes y por ende de licenciados de Medicina. El programa de formación de especialistas en España, a través de la vía del examen oposición del MIR se inició en 1.976 y por lo tanto estaba en período embrionario.

Mientras me preparaba para el MIR, también exploraba otras opciones. Había puesto mi mirada en programas internacionales, estuve tres meses en París con el programa Erasmus. Y año tras año, pedía información a la embajada americana para unirme al programa FMGEMS para médicos extranjeros en los Estados Unidos. Recibía gruesos sobres marrones de la ECFMG (*Educational Commission For Foreign Medical Graduates*), con información detallada sobre los pasos para certificarme. Sin embargo, había un detalle, la letra pequeña que siempre me frenaba: ciertos estados, como Nueva York, exigían una puntuación mínima de 92. Esa cifra me parecía casi inalcanzable y acabó convirtiéndose en una excusa perfecta para postergar el proceso. Sentí que no estaba listo para eso. Así que decidí esperar un mejor momento... Un momento que nunca llegó.

«¡Ya lo haré cuando me sienta mejor preparado!». Nunca lo hice. Fui consecuente con mi decisión y lo dejé para buscar un mejor momento, una mejor preparación. Y pasó un año y dos y diez y veinte... Nunca lo necesité, pero probablemente dejé escapar una opción, una posibilidad de explorar alternativas en el futuro. Quise ver la letra pequeña en lugar de la puerta grande que se abría ante mí hacia nuevas posibilidades y terminé siendo una oportunidad perdida que, en retrospectiva, nunca supe si debí haber tomado.

Alégrate porque todo lugar es aquí y todo momento es ahora.

—Buda

De la misma forma en que las decisiones de mi familia trazaron caminos inesperados, pronto descubrí que mis propias experiencias también me enseñarían que las oportunidades no siempre esperan, y esa lección se volvería aún más clara en mi paso por el CHB (Centro Hepato-Biliar). Allí tuve ocasión de comprobar el efecto contrario.

Lo que un castizo diría: «aquí te pillo aquí te mato».

Mantengo muy vivo el recuerdo de la primera conversación que mantuvimos el profesor Bismuth y yo cuando llegué a incorporarme con chef de Clinique al Centro Hepato-Biliar. Y cuando nos despedimos de aquel encuentro formal me preguntó:

—Vas a incorporarte a la sala de hospitalización, consulta, quirófanos, sesiones, congresos y... ¿publicar?

—Sí, claro. Le dije yo con aplomo, asumiendo que las veinticuatro horas del día darían generosas partes alicuotas para todo ello.

—Pues, adelante, hay trabajo por delante —me respondió él.

Un hombre que se permite malgastar una hora de su tiempo no ha descubierto el valor de la vida.

—Charles Darwin

Poco tiempo después de aquella conversación había comenzado a incorporar ciertos automatismos. La jornada en el Centro Hepato-Biliar era muy intensa. Y ya me lo anticipó *monsieur* Bismuth.

Salgo del área restringida del bloque quirúrgico —acceso con tarjeta electrónica y código—, por la puerta roja acristalada. Dejo a mi derecha las paredes de vidrio de la biblioteca y por mi izquierda la maqueta del CHB, sobre una peana pedestal y cubierta y protegida por una urna rectangular transparente. Me dirijo hacia la zona enmoquetada de los despachos.

La secretaria me confirma:

—*Mr* Adam está en su despacho.

El gris de la moqueta contrasta con el blanco de las paredes, pero añade a la luz tenue del pasillo, un aire tasado de seriedad. A pesar de

la abrumadora carga de trabajo que le estaba entregando su secretaria y el cansancio acumulado, me atendió. Así que aprovecho para acercarme con mis papeles. Se trata de dos capítulos de un libro para una editorial alemana.

Enfrente de la sala de correspondencia, donde además se encuentra la maquina fotocopidora que tantos artículos me ha dado, se encuentran los despachos de los profesores Castaing y Adam.

Allí estaba él, recomponiéndose de pie, caminando de un lado a otro buscando algo.

Y entonces, aparezco yo, para corregir esos dos trabajos de los que éramos coautores.

Interrumpe lo que está haciendo. Me consta que tiene que estar reventado, porque se ha pasado toda la noche haciendo un trasplante hepático y ha seguido esta mañana completando una compleja resección hepática por metástasis de cáncer de colon —esta secuencia sería hoy políticamente incorrecta y jurídicamente reprobable si hubiera problemas—. Pero ahora, en su despacho está tan fresco como una lechuga. Ignoro qué clase de vitaminas toma. Con seguridad, ¡una mezcla de adrenalina y de la inercia del momento!

Tiene abierto su flamante iMac G3 de color naranja, pero incorpora además su ordenador portátil y empieza a abrir las aplicaciones que necesitamos (Filemaker, PageMaker...). Y, sin más, nos aprestamos a revisar palabra por palabra, frase por frase, el trabajo. No se escapa ni una coma.

Perfeccionista hasta la crispación y con la revisión del capítulo del libro, puso todos sus sentidos. ¡Aquí te pillo aquí te mato! Dejaba todo lo demás, se hacía y lo daba todo... Entonces, ya era profesor, pero siguiendo ese camino llegó a Jefe de Servicio del CHB. «¡La oportunidad y la actitud hacen la diferencia!», pensé.

De haberme puesto en su lugar, yo lo habría pospuesto sin duda, aduciendo cuanto menos fatiga. Pero más allá de las correcciones de aquel momento me enseñó a priorizar y a aprovechar el momento, porque, si la dejas escapar, ¡la ocasión puede no volver a presentarse!

Entrenamiento físico para aguantar esa carga de trabajo, adiestramiento mental para aceptar cada nueva situación como un corredor acepta un kilómetro después del siguiente y por encima de todo, ¡fuerza de

voluntad para hacerlo! «Ahora sé que cada decisión tiene un impacto, y aunque no todas las oportunidades deben tomarse impulsivamente, aquellas que realmente importan merecen acción inmediata y sin vacilaciones».

Twenty years from now you will be more disappointed by the things you didn't do than by the ones you did do. So throw off the bowlines, sail away from the safe harbor. Catch the trade winds in your sails. Explore. Dream. Discover.

—H. Jackson Brown Jr

—Bueno, creo que ya es hora de dormir —digo, confiando en que las historias hayan calmado su curiosidad.

—¡Todavía no, papá! — responde Aida, removiéndose en su asiento con impaciencia.

—¿No? —pregunto, sorprendido, mientras Alberto añade:

—Entonces, papá, ¿qué sentido tuvo que tus padres te enviaran a un colegio extranjero? Parece que sigues esa misma lógica con nosotros en el Liceo Francés Internacional de Alicante.

—Quizás, como decía el Maestro, la oportunidad nunca llega porque ya está aquí. Al igual que mis padres tomaron decisiones que moldearon mi futuro, confío en que cada camino que elijamos para vosotros sea una puerta abierta hacia nuevas posibilidades. Al final, lo importante no es solo la oportunidad, sino cómo decidimos aprovecharla.

All in good time

*No tengo ningún talento en especial, solo soy
apasionadamente curioso.*

—Albert Einstein.

—Veréis, no está bien, ¡lo sé! La curiosidad mató al gato, pero murió sabio.

—Ja, ja, ja.

El salón, con sus cortinas terracota y su biblioteca de madera cerezo, era el corazón de nuestra casa.

Los estantes llenos de libros, cada uno con un título que brillaba en letras doradas. Mis ojos viajaban entre *Papillon* de Henri Charrière en un lomo naranja y *The Moon's a Ballon* de David Niven en un profundo morado, hasta perderse en una constelación de colores y letras... *Funeral's are Fatal* de Agatha Christie en turquesa, *Great Expectations* de Dickens en blanco... testigos mudos de tantos buenos momentos.

Así era el diseño setentero de la librería del salón de casa. Un enorme mueble que tenía los días contados por la tendencia que tenemos a renovar las cosas antes de que cumplan su ciclo vital y por la naturaleza expansiva de papá, vuestro abuelo, en todo lo que tenía que ver con la casa. Los cajones no muy grandes, pero con la profundidad suficiente.

Me encontré escarbando entre los papeles, a la caza de alguna moneda, algún sello, algún imán o destornillador de plástico, de los que venían

en las cajas de los marcapasos que papá colocaba en los pacientes que le remitían al efecto o algún otro tesoro con los que alimentar mi mundo de fantasía infantil.

En ese momento, captó mi atención con mucha mayor fuerza, un sobre con el membrete del colegio: «Lycée Français d'Alicante». Extraje la media cuartilla doblada que contenía.

En la parte inferior derecha de una cuadrícula que ocupaba la práctica totalidad de la carta, relucía una cifra que me pareció desorbitada, como si me estuvieran educando para convertirme en el próximo presidente del Banco Mundial. Se detallaba escolaridad, transporte, media pensión... pero a mí me seguía pareciendo mucho dinero. Para un niño que medía sus necesidades económicas —chicles, cromos, petardos, helados...— en unidades de peseta, tamaña cifra, en centenares de millar, quedaba fuera del alcance de mi realidad.

Lo cierto es que la cifra me llamó la atención y me sorprendió. Más tarde, la culpa adulta se coló sigilosa, preguntándome si había rentabilizado todo ese esfuerzo...

La idea inicial siendo mamá inglesa de nacimiento, era tener acceso a una educación lo más internacional posible. Y entonces esa era la única opción en Alicante. Miraba para atrás, muy feliz con lo que el colegio me había dado, pero me preocupaba no rentabilizar cuanto se había pagado.

Más allá de grandes amistades que perduran y buenos recuerdos que difuminan los malos momentos, recordaba una anécdota divertida. Era uno de los viajes de verano de la familia. Alternábamos Europa con regiones de España. Y estábamos en Francia.

Una mañana soleada y al amparo de un cielo muy azul, paseábamos por las calles de París, al pie de unas escalinatas, rodeados de coches aparcados de forma cuanto menos anárquica. Nos vino a visitar una desagradable sensación de hambre, y a papá se le ocurrió que era un buen momento para comprobar cómo se estaba comportando su inversión. Nos acercamos a una pareja de un hombre y una mujer maduros y nos dijo:

—Chicos, ¿por qué no les preguntáis dónde hay una panadería?

Entonces no podíamos ni soñar con todas las utilidades y aplicaciones que están hoy al alcance de tu mano, en tu móvil a un solo clic. Y con enorme timidez, fue mi hermano, vuestro tío Miguel el que se lanzó

primero. Conseguir interpretar la explicación y el guiado posterior fue otra historia. Pero al final de mi escolaridad, me pareció que aquel episodio de la *boulangerie* fue el mayor provecho que le había sacado al francés interiorizado en el colegio. «Para ese viaje no hacían falta esas alforjas», pensé yo durante muchos años.

El saber no ocupa lugar, pero siempre exige tiempo. Tener o adquirir habilidades al final *ça paye* o lo que es lo mismo, vale la pena.

Aunque entonces no lo veía, aquellas pequeñas experiencias formaban parte de una preparación mayor, como piezas de un rompecabezas que solo se ensamblarían con los años. El tiempo demostraría cómo esas lecciones tempranas me acompañarían en algunos de los momentos más determinantes de mi carrera. El tiempo me iba a enseñar que, si sabes esperar, llega tu oportunidad.

Años después, el francés aprendido en el Liceo me abriría puertas inesperadas en algunos de los centros médicos más prestigiosos del mundo.

Pasaron años. Terminé la universidad y después de los seis años de la carrera de Medicina, seguía pareciéndome que la inversión de mis padres no había sido muy rentable.

Eso sí, los profesores de la universidad decían que los que procedíamos del Liceo Francés teníamos una forma muy avanzada o lógica de razonar, una mentalidad cartesiana. Tampoco me pareció bastante.

Me fui entonces a Barcelona a hacer la especialidad de cirugía general y no le terminaba de encontrar la aplicación práctica, más allá de ver las noticias en francés y en inglés, gracias a una antena parabólica. Hasta que llegó el día.

Steve Jobs tomó clases de caligrafía en Portland's Reed College en lugar de asistir a las clases normales de la universidad. Aquello entonces no tenía ninguna aplicación práctica. Diez años después, cuando estaban diseñando la primera computadora MacIntosh, toda esa preciosa tipografía fue incorporada por vez primera a un ordenador. El resto es historia y así lo describe él mismo, en su célebre discurso de la universidad de Stanford 2.005.

Pero volviendo a mí, después de regresar de una rotación en el St Mark's Hospital de Londres —recién desplazado a Nothwick Park, no

lejos del estadio de Wembley—, que incluía un curso de coloproctología, que me financié yo mismo, para asegurarme de que no habría trabas administrativas ni de ningún otro tipo, decidí que haría otras rotaciones en Nueva York y también en París.

Y así, en mi cuarto año de residencia, una mañana primaveral de finales de marzo, el yayo Manel me llevó en su flamante Audi coupé azul metalizado al aeropuerto del Prat de Barcelona. Desde allí, salió mi vuelo hacia el JFK de Nueva York, haciendo escala en Lisboa porque era un vuelo de la TAP portuguesa. El destino el Memorial Sloan-Kettering Cancer Center (MSKCC) en Nueva York, uno de los centros oncológicos más avanzados del mundo, donde se desarrollan tratamientos innovadores que salvan miles de vidas cada año.

Para llegar aquí, hay que, primero poder y luego querer. Yo podía hacerlo, respaldado por la inmejorable carta de recomendación de mi mentor, el profesor Puig LaCalle. Un caballero, cirujano serio, acérrimo defensor del Juramento Hipocrático, sabedor además de que yo era hijo de médico, siempre dispuesto a ayudar. Y yo... quería, porque la cirugía era y es, ¡mi pasión!

Tuve pues la impagable suerte de encontrarme en uno de los centros de tratamiento del cáncer más reputados del mundo. Por el volumen y por lo avanzado de la medicina allí, los tres meses que pasé, multiplicaron por mucho el valor del esfuerzo.

El *chairman* (presidente) del Departamento de cirugía del MSKCC era entonces el Dr. Murray Brennan, cirujano oncológico con experiencia en sarcomas y tumores de partes blandas. Con él, tuve la inmensa suerte de tener varias conversaciones, en particular acerca de liderazgo y cirugía oncológica. Mi estancia en el Memorial Sloan-Kettering no solo significó estar en uno de los epicentros mundiales de la lucha contra el cáncer, sino también aprender a tratar la enfermedad con una combinación única de ciencia y humanidad.

Pero con quien más tiempo estuve fue con el Dr. Leslie Blumgart, uno de los cirujanos pioneros y referentes, que desarrolló la cirugía hepatobiliopancreática moderna. Cirujano genial y resolutivo, tenía al alcance de su mano los últimos avances tecnológicos, como no podía ser de otro modo. El quirófano de Blumgart parecía más un set de grabación que una

sala de operaciones, con una cámara suspendida que capturaba cada movimiento quirúrgico como si fuera una coreografía científica. Esto permitió documentar y enseñar procedimientos complejos a cirujanos de todo el mundo, con las excelentes grabaciones que luego alimentaban sus libros.

Recuerdo una mañana en el quirófano del MSKCC, con la luz fría de las lámparas quirúrgicas. Blumgart, con su precisión quirúrgica, movía el bisturí como un director de orquesta. Al fondo, el brazo mecánico de la cámara registraba cada movimiento, como si estuviéramos grabando una película de ciencia ficción. Y conmigo se hallaba un profesor de los hospitales de París que era amigo del Dr. Blumgart y que estaba teniendo dificultades para trasladarle las preguntas en su francés de origen. En la soledad del visitante extranjero no resultó difícil establecer una relación de proximidad. Y viendo la soltura con la que yo me dirigía a Blumgart durante las operaciones, el cirujano francés me utilizó de intérprete, para satisfacción, por distintos motivos, de todos los allí presentes.

Durante años, cuestioné si la inversión de mis padres había valido la pena. Fue solo con el tiempo, y experiencias como interpretar a Blumgart para un cirujano francés en Nueva York, cuando entendí que aquel esfuerzo me había dado mucho más que un idioma: me había preparado para un mundo de oportunidades.

Pero, la sublimación y el máximo aprovechamiento del idioma que me regalaron mis padres llegó un año más tarde, cuando de nuevo, gracias al Dr. Puig LaCalle y a sus estrechas relaciones con los mejores cirujanos del mundo, consiguió para mí un puesto de Chef de Clinique assistant en el Centre Hépatobiliaire del *Hôpital* Paul Brousse. En las afueras de París, alberga uno de los departamentos de cirugía hepática más destacados a nivel mundial, liderado por pioneros que han transformado el tratamiento de enfermedades del hígado. Allí llegué en 1.998 y trabajé dos años con intensa y prácticamente exclusiva, dedicación a la cirugía hepática. Aprendí de los mejores sobre cómo abordar problemas hepáticos complejos, un conocimiento que me transformó como cirujano y persona. Pude haber seguido allí, pero, en la vida el camino lo marcan decisiones puntuales. Lo allí adquirido, no solo en el ámbito de la cirugía hepatobiliar, si no en la manera integral de entender al paciente, su enfermedad y un razonamiento integral del acto médico, son el mejor legado de *monsieur*

Bismuth —probablemente la persona más brillante con la que me he cruzado en mi vida— y su equipo.

A otras cosas se les puede anticipar una utilidad mientras se entrenan, como hacer nudos en la pata de una mesa mientras ves las noticias. Pero, con mi formación en cirugía hepatobiliar pasó lo mismo que la educación en el Liceo Francés y llegué a pensar, ¿para qué me iba servir tanta cirugía hepática en *le palais du foie*?

En último extremo para convertirme en una honrosa metástasis de *monsieur* Bismuth.

El tiempo enseña que cada aprendizaje tiene su momento para brillar. Desde las clases en el Liceo hasta los quirófanos de Nueva York y París, cada paso aparentemente desconectado terminó construyendo algo más grande. Lo que comenzó como un tímido «*Où est la boulangerie?*», terminó llevándome a quirófanos donde las palabras cruzaban continentes y conectaban mundos. El francés del Liceo, que había parecido solo un idioma más, se convirtió en una llave que abrió puertas impensables.

Cada lugar al que fui, desde el MSKCC hasta el Paul Brousse, representaba no solo una oportunidad de aprendizaje, sino también una prueba de que la medicina es un esfuerzo global. Estos hospitales no solo forman a cirujanos, sino que impulsan los límites del conocimiento para beneficio de todos.

Y si esto no se hubiera producido así, haber ido al Liceo Francés de Alicante hubiera valido la pena porque fue la voluntad de mis padres. Pero así, yo me descargué un oneroso sentimiento de culpa.

Quien soy yo para discutir la idoneidad, la conveniencia o el valor de un regalo como ese.

Aida me escucha atenta, pero Alberto comenta:

—Algo así como el «*Wax on, wax off*» («dar cera, pulir cera») del Sr. Miyagi a su discípulo Daniel-san, ¿no?

—Exacto —respondo—. Cada aprendizaje tiene su momento para brillar.

Aida ve la ocasión entonces de hacer la pregunta del millón.

—Vale, papá, y si tú tuvieras que dar un consejo, uno solo, con todo lo que tú has vivido y aprendido ¿cuál sería?

—No soy yo quién para dar consejos, pero te diré esto: la vida no se

mide por lo que esperas lograr, sino por lo que te atreves a intentar. Cada paso, incluso los que parecen no llevarte a ningún lado, son parte de un viaje que solo entenderás al mirar atrás. Así que confía en el tiempo, confía en tu esfuerzo y, sobre todo, confía en ti misma. Cada mañana es una oportunidad para dar lo mejor de ti; hazlo sin temor, y el tiempo hará el resto.

Da lo mejor de ti cada mañana

Ne jamais dire jamais, il y a toujours quelque chose à tenter.

—Les choristes.

¡Tu actitud destapa tus aptitudes!

—Willy Marin Hargreaves

Habéis oído la vieja ley de física de que un abejorro no puede volar.

Todo principio de aerodinámica dice que su envergadura es muy corta para soportar su enorme cuerpo en vuelo. Pero un abejorro no sabe eso. Nunca estudió física. Simplemente se dedica a volar por todas partes y eso es lo que tienes que hacer.

—Dr. Julian Earls antiguo director del NASA's Glenn Research

Center Donald Campbell

Inspiración y propósito la anécdota del residente y la motivación inicial

Haz de cada amanecer una oportunidad para destacar. Disfruta la mañana, disfruta el día, disfruta con todo lo que haces.

Imaginad un día cualquiera, cuando estaba terminando la carrera a mediados de los mismos años 80, uno de tantos días dedicado al estudio. Me acompaña, incansable la música. Mis codos, apoyados paralelos con unos apuntes de cardiología o tal vez de neurología en medio, sobre la tabla de mi pupitre y entra volviendo de trabajar, mi madre, vuestra abuela. Ella, anestesista en el Hospital General de Alicante, tenía ocasión de interactuar con los médicos residentes de áreas quirúrgicas, en su paso por quirófano. En aquella época, concretamente en las especialidades de oftalmología y otorrinolaringología.

«Hoy ha venido el nuevo resi de oftalmología» (médico especialista en formación, residente), me contaba mi madre al volver del trabajo. «Callado, con pelo castaño —entonces yo también tenía más y de ese color—, y con gafas. En otras palabras, una persona normal y corriente».

El mensaje era claro: si ese recién llegado había logrado llegar hasta ahí, yo también podía hacerlo, también estaba a mi alcance. Mi madre, con su sabiduría pragmática, me enseñaba a no subestimar mis capacidades ni dejar que otros lo hicieran. Era su manera de prepararme para el desafío que venía: el MIR. Aunque me advertía de los retos, como la posibilidad de tener que emigrar por falta de trabajo en España, me impulsaba a creer en mí mismo. Lo más parecido a lo que le dijo Will Smith a su hijo, después de jugar al baloncesto y agarrando la valla metálica, respecto a perseguir un sueño en la película de 2006 *The pursuit of happiness*.

Al final, como el residente de oftalmología de mi madre, terminé la carrera de Medicina; aprobé la oposición del MIR para hacer cirugía y cambié de ciudad durante la residencia. Emigré, sí, pero lo hice buscando formación e incluso la excelencia en cirugía hepatobiliar. Me fui con la casa a cuestas, en mi viejo VW Golf rojo cargado hasta decir basta, de Barcelona a Lyon y luego a París. Volví a Alicante, trayendo conmigo no solo experiencia, sino también un compromiso renovado con mi vocación.

Conseguí todo eso con la suma de muchos momentos, siendo constante, paciente y cuidadoso con el detalle. No marcándome una meta final, sino que cada día es una meta en sí misma. Así, uno puede conseguir lo que se proponga. De hecho, luego vinieron metas mayores. Aunque yo no era más que un chico de provincias, estaba bien preparado, con ilusión, ganas y voluntad de hacer cosas.

No importa de dónde vengas, de Alicante o Barcelona, Londres, París o Nueva York.

El Hospital de la Santa Cruz y San Pablo de Barcelona está en la Calle San Antoni Maria Claret, 167; el Centro hepatobiliar (CHB) está en el 12-14 de la calle Paul Vaillant Couturier en Villejuif en el Val de Marne en Francia, El Memorial Sloan Kettering Cancer Center está en el 1275 de York Avenue en Nueva York, El Hospital Saint Mark's migró de City Road a Northwick park, en Harrow, Greater London. Cada uno de esos sitios tiene una dirección física real. Se puede acceder como paciente, como visitante y si te lo propones como parte integrante. Al final te mimetizas con el medio, eres uno más. Nadie sabe de dónde vienes.

Pueden notar que aprendiste bien a hablar el francés en Francia, ese es tu mérito. O el inglés en Londres o Nueva York. Que te puedan confundir con un nativo es una ayuda o una buena tarjeta de presentación. ¡Pero, al final lo importante es lo que tú puedes aportar!

Tu actitud destapa tus aptitudes.

—Willy Marin Hargreaves

¡Estar donde quieres estar y hacer lo que quieres hacer!

Todos somos nuestros pequeños reyes leones en nuestro destierro, esperando a que nuestra pequeña voz interior, nuestro padre, nos recuerde